

UNA MÁS.

Cuando eres pequeña no ves las cosas que suceden a tu alrededor. Todo es simple. No hay problemas. Lo único que existe es un conjunto de sonrisas, caricias y niños a tu alrededor deseando jugar contigo. Es fácil conseguir la felicidad de una niña, ¿no es así? Supongo que yo no soy tan simple. En mi caso, todo fue diferente, podría decir que mi infancia no fue del todo feliz o simplemente prefiero no recordarla.

Nací en un barrio subdesarrollado a las afueras de Kenya (África), hace casi veintiséis años. Cuando tenía tan solo siete, mi madre murió de cáncer. Nunca supe de qué tumor se trataba ya que la asistencia sanitaria no estaba al alcance de mi familia. Se llamaba Camila pero no puedo dar muchos detalles sobre ella ya que tampoco vivió lo suficiente junto a mí para poder recordar demasiado.

Respecto a mi padre, Juan, fue un buen hombre, siempre tenía atenciones y mimos que ofrecer, pero a partir de ese momento empezó a cambiar, se volvió un hombre arisco, me gritaba. Recuerdo que no me dejaba salir nunca de casa, por lo que solía escaparme sin que él se diese cuenta, e incluso recuerdo que solía llevar siempre consigo una botella que desprendía un olor bastante fuerte.

De pequeña solía tener sueños y un montón de promesas tontas que deseaba cumplir cuando fuese mayor. Siempre hablaba en el colegio con Romina, mi mejor amiga, y todos los días nos prometíamos un futuro juntas e incluso, después de hablar, nos quedábamos en silencio, ella me abrazaba y yo siempre sonreía.

Una mañana, una señora me despertó. Yo no sabía quién era.

- Vamos pequeña, levántate, tienes que vestirte y venir conmigo – me dijo.

- ¿Y mi papá? – respondí con mucho miedo.

- Se ha ido de viaje, tardará un buen tiempo en regresar, ahora yo estoy a tu cargo, no te preocupes, no tengas miedo.- Me respondió después de un pequeño instante en silencio y sin saber qué responder.

Yo no quise hacer más preguntas, me vestí y me agarró de la mano mientras salíamos de la pequeña casa donde yo vivía. Después me monté al coche y sin saber donde me dirigía me quedé mirando fijamente aquel barrio donde intuía que nunca más volvería.

En el trayecto me quedé dormida y cuando desperté tenía frente a mí una casa grande que desconocía totalmente. La señora me acercó hacia un despacho donde un señor me estaba esperando.

- No te asustes pequeña. No tienes por qué tener miedo – me dijo.

- ¿Dónde estoy? – Respondí inmediatamente - ¿Qué es este lugar?

- Es un orfanato – Me dijo mientras la señora se iba y me quedaba a solas con él. – Mira pequeña, sabemos que tu madre falleció cuando tú tenías siete años y desde ese momento has vivido con tu padre, ahora estás aquí porque tu padre...

- Mi padre... ¿Qué? – Dije rápidamente - ¿Le ha ocurrido algo?

- Ha fallecido esta mañana en un accidente de tráfico. Había bebido gran cantidad de alcohol y no fue capaz de controlar bien su coche, lo siento.

Habían pasado casi cuatro años desde la muerte de mi madre, exactamente el mismo tiempo que mi padre había estado reprochándome todas las cosas que a él le sucedían día tras día. Descargaba conmigo sus fracasos, su frustración y su dolor. Ahora era él quien me había abandonado. Me quedé bloqueada al escuchar esas palabras. No lloré y aún no logro entender porqué, supongo que fue porque en ese momento sentí una acumulación de sentimientos contradictorios, alegría y tristeza. Soledad, liberación y sobretodo miedo. Me sentía extraña, sola. Mis padres, con tan solo once años, me habían abandonado completamente. Me habían dejado sola frente al mundo entero y lo peor era que sentía que el mundo se caía sobre mí.

Después de hablar con aquel señor, cuyo nombre era Rodrigo, me llevó hacia mi cuarto mientras me explicaba todo acerca de las nuevas reglas y horarios de aquel lugar. La casa estaba repleta de niños a los que nunca había visto pero todos compartían algo conmigo, la soledad.

No volví a saber nada sobre mi barrio, ni mis amigos, ni de ella, de Romina. La estuve llamando durante bastante tiempo pero nadie contestaba en su casa y supuse que se hubiese mudado. De esa manera comencé a olvidarme de mi pasado y me propuse hacer nuevas amistades allí, en el orfanato.

Los años iban pasando y veía como mis nuevos amigos se iban con familias que entraban y salían diariamente en busca de niños. Y todos los días entraban otros con la misma cara de tristeza de siempre.

A mí nadie me adoptó. Las familias me miraban pero nunca se acercaban a mí. Supongo que era demasiado mayor para formar parte de su vida, pero la verdad es que tampoco me importó mucho porque me sentía cómoda en aquel lugar.

Un día escuché a una familia española decir que allí, en su país, se vivía bastante bien. Conseguir trabajo era muy fácil, estaba bien pagado, e incluso las personas tenían muchos derechos y podían opinar sin miedo. Desde aquel día mi principal sueño fue viajar a España y cuando cumplí mi mayoría de edad comencé a buscar trabajo para poder recaudar dinero y cumplir aquello que tanto deseaba. Pasó un año desde entonces y la verdad es que abandonar el orfanato me angustió mucho ya que se había convertido en el hogar y la familia donde obtuve el cariño y el amor que siempre había añorado. Me hicieron prometerles que les escribiría continuamente y que si tuviese problemas que volviese allí sin dudarlos, me dieron un fuerte abrazo y ese día después de unas horas estaba cogiendo el barco que me llevaría hacia mi destino.

Eran las once de la mañana cuando pise por primera vez España. Miré a mí alrededor y sonreí. La gente y el paisaje eran completamente diferentes a todo lo que yo conocía, y a pesar de no conocer de momento nada.

Empecé a buscar un sitio donde poder hospedarme y cuando lo encontré coloqué mis cosas y me tumbé en la cama. Había sido un día duro.

Al día siguiente comencé a buscar trabajo. Anduve durante todo el día mientras observaba la zona, pero no encontré nada. Así pasaron dos semanas mientras yo me iba desilusionando poco a poco. Mi sueño resultó no ser lo esperado. La gente no me quería, no encontraba trabajo y sentía que cada día me discriminaban un poco más.

Cada vez que iba en busca de trabajo me miraban como si fuesen superiores a mí.

- Ya la llamaremos. – me decían.

Siempre me quedaba cerca del teléfono por si recibía alguna llamada pero nunca sonaba.

Poco después empecé a ver trabajos “sucios” que según lo que escuchaba a algunas personas, los españoles no estaban dispuestos a hacer debido a la cantidad de horas o al poco salario recibido. Pero yo estaba dispuesta a todo. Así que acepté el primer trabajo que un empresario me ofreció. Me dijo que tendría que trabajar alrededor de nueve horas, pero los días pasaban y siempre trabajaba unas diez o doce diarias a cambio de un salario bastante bajo e incluso, tuve que soportar alguna que otra humillación.

Tengo que decir que me despidieron a los seis meses más o menos pero no me rendí. Seguí buscando trabajos y fui de empresario en empresario poniéndome a su disposición.

Hace unos siete años que abandoné mi tierra, y que me despedí de aquellas personas que han estado junto a mí alegrándome los días uno, a uno. Como ya dije anteriormente, tengo veintiséis años y después de resumir mi vida, tengo que decir que actualmente estoy en el paro debido a una crisis económica que está presente en todo el país.

Escribo esto mientras me refugio del frío invierno, sentada en la terminal de autobuses de Madrid, ya que me he quedado sin trabajo de nuevo, y por lo tanto no dispongo de dinero suficiente para poder pagar un alquiler en este lugar. Supongo que escribir hace que pueda desahogarme sobre todo ello y pueda seguir mirando hacia delante sin rendirme.

Desde esta perspectiva, cuando veo a la gente pasar y me mira de una manera extraña, ya no siento dolor, ni angustia. Solo siento coraje.

Las personas que nacen en un país desarrollado y por tanto desde que se levantan hasta que se acuestan pueden obtener todo lo que desean fácilmente no se dan cuenta de lo que realmente sufre un emigrante.

La mayoría de los ancianos hablan entre ellos en un tono bajo mientras se enfurruñan.

- ¡¿Por qué no se irán a su país y dejan de invadir España?! Lo único que hacen es quitarnos todo el trabajo. ¡Y lo peor de todo es que luego se quejan! Cuando en realidad el gobierno les da más ayudas y derechos que a nosotros, los españoles.

Después nos miran disimuladamente y encima se creen que no les hemos escuchado y siento rabia cuando les escucho hablar así, porque mi vida ha sido pésima y he sufrido mucho.

Recuerdo una mañana que salí temprano para ir hacer las compras como cada día. Entré en una tienda de alimentación y cuando estaba saliendo hacia la calle una señora pasó justo a la vez que yo por la puerta y la máquina antirrobo activó la alarma. Yo me quedé bloqueada y una señora que se encontraba dentro comenzó a dudar de mí.

- Ha sido esa, ¡estoy segura! – gritaba mientras todas las miradas se clavaban en mí.

- Yo no he robado nada, ¡lo juro! Puede registrarme si así lo desea. – Le dije rápidamente.

La dependienta así lo hizo sin dudar ni un solo instante de la señora que había

pasado justo a la vez que yo. Después de unos instantes tocándome de arriba abajo sin encontrar nada que yo no hubiese comprado honradamente, comenzó a registrar a la otra señora quien casualmente llevaba un desodorante que no había pagado. En ese momento la dependienta se llevó a la señora y yo seguí mi camino.

Ese día me di cuenta de que para algunas personas la palabra emigrante es sinónimo de pobreza, de robos, de maltratos y de un conjunto de adjetivos más de carácter negativo que me parecen absurdos.

Recuerdo que mi padre siempre me decía que luchase siempre, que jamás tirase la toalla por nada del mundo y es lo que he hecho durante todo este tiempo. Ser fuerte y mirar hacia delante.

Todas aquellas personas que comentan cosas de ese tipo no conocen lo que es salir de su país diciéndole "adiós" a todos tus seres queridos. Vivir sintiéndote sola día tras día, soportar comentarios racistas e incluso miradas de desprecio simplemente por no ser igual que ellos. Por ser diferente.

En esos momentos es cuando desearía que su vida fuese la mía. Pero mientras me detengo a pensar todo este tipo de cosas sigo aquí, sentada en una marquesina un poco alejada de la gente para no molestar a nadie e intentando refugiarme del frío invierno como una más, como una emigrante más.